

David Runciman

Así termina la democracia

David Runciman

Así termina la democracia

Traducción de Albino Santos Mosquera

PAIDÓS Estado y Sociedad

Título original: *How Democracy Ends*, de David Runciman
Publicado originalmente en inglés por Profile Books, Londres, Reino Unido

1.ª edición, febrero de 2019

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© David Runciman, 2018
© de la traducción, Albino Santos Mosquera, 2019
© de todas las ediciones en castellano,
Editorial Planeta, S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona, España
Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.paidos.com
www.planetadelibros.com

ISBN 978-84-493-3547-1
Fotocomposición: Realización Planeta
Depósito legal: B. 639-2019
Impresión y encuadernación en Medianil Gráfico

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien
libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

Impreso en España – *Printed in Spain*

SUMARIO

Prefacio. Pensar lo impensable	9
Introducción. 20 de enero de 2017	19
1. ¡Un golpe!	37
2. ¡Una catástrofe!	103
3. ¡La tecnología ha tomado el poder!	147
4. ¿Alguien tiene algo mejor?	199
Conclusión. Así termina la democracia	247
Epílogo. 20 de enero de 2053	261
Lecturas adicionales	269
Agradecimientos	275
Notas	277
Índice onomástico y de materias	287

¡UN GOLPE!

Cuando una democracia cae, normalmente esperamos que su derumbe sea espectacular. Es un acontecimiento público y suficientemente conocido en la historia moderna como para que le hayamos atribuido ya hasta un ceremonial propio. La democracia ha muerto muchas veces en muchos lugares del mundo. Sabemos qué aspecto tiene esa defunción. Es más o menos así:

No había habido ningún anuncio previo. Los tanques tomaron posiciones en torno a la ciudad durante la noche y grupos de soldados se hicieron con el control de los centros de comunicación clave, como las emisoras de radio, los canales de televisión y las oficinas de correos. El primer ministro fue detenido. También se arrestó al hombre que se preveía que lo sucediera en el cargo tras las elecciones programadas para apenas tres semanas después. Fueron ocupados el Parlamento y el Palacio Real. Los soldados llevaban listas de individuos peligrosos a quienes tenían orden de arrestar e incomunicar. Todo esto sucedió en el espacio de unas pocas horas. Los coroneles que dirigían el golpe acudieron a entrevistarse con el rey en su residencia de fin de semana para exigirle que los confirmara como nuevos gobernantes legítimos de la nación. Le dijeron: «El golpe se ha llevado a cabo en su nombre, majestad, para salvar al país». Cuando el monarca, indignado, les preguntó: «¿Dónde está mi primer ministro?, ¿dónde está mi Gobierno?»; ellos le respondieron: «Ya no tiene ninguno, están todos detenidos».¹

La ciudad era Atenas. La noche, la del 21 de abril de 1967. El blanco principal del golpe fue Andreas Papandreu, líder de la facción más izquierdista de la Unión del Centro, el partido fundado por su padre, Yorgos Papandreu, pues se esperaba que fuera el designado para formar el siguiente Gobierno elegido democráticamente en Grecia. Varios elementos de las fuerzas armadas, inducidos a ello por los servicios de inteligencia estadounidenses, sospechaban que Papandreu hijo planeaba sacar a Grecia de la OTAN. También creían que pretendía llevar a cabo una purga entre la oficialidad. Tras una persecución por los tejados, Andreas Papandreu fue apresado a punta de bayoneta en su casa de campo y llevado a un pequeño hotel, donde fue puesto bajo vigilancia (fuertemente) armada. Allí lo visitó el periodista Cyrus Sulzberger, del *New York Times*, quien luego informó sobre aquel encuentro: «Bajo una fachada de valentía, sus labios delataban cierta crispación y no lograba mantener las manos quietas, como a veces les ocurre a las personas asustadas».² Papandreu no sabía que el rey Constantino había puesto como condición para aceptar las demandas de los coroneles que no hubiera ejecuciones sumarias. Durante veinticuatro horas, el futuro primer ministro no estuvo seguro de si iba a vivir o iba a morir.

El golpe triunfó porque fue rápido y rotundo, y tomó a sus víctimas por sorpresa. Entre ellas estuvo el jefe de las fuerzas armadas, que no sabía lo que sus oficiales subordinados estaban tramando. El pueblo de Grecia se fue a dormir creyendo que vivía en una democracia y, cuando se levantó al día siguiente, aquello había dejado de ser verdad. Ese es el sello distintivo de un golpe de Estado que triunfa: que hay un antes y un después, y que la frontera entre la situación anterior y la posterior la marcan una serie de acontecimientos que señalan la diferencia inequívoca entre ambos momentos. El 22 de abril, la radio griega suspendió su programación habitual para emitir música militar, solo interrumpi-

pida por anuncios de los decretos del nuevo régimen: abolición de los partidos políticos, proclamación de la ley marcial y suspensión de la libertad de expresión. Mientras tanto, los tanques siguieron desplegados por las calles. El objetivo de un golpe como ese es que a nadie le quepa duda alguna de lo que ha ocurrido, porque la ausencia de dudas es el único modo de asegurarse la obediencia. Los desenlaces alternativos a ese son el fracaso de la intentona o el estallido de la guerra civil.

La velocidad con la que le llegó el final a aquel sistema democrático no significa que aquella fuera una democracia sana que se derrumbó al instante como cuando una persona en perfecta forma física muere fulminada de un ataque al corazón. La democracia griega llevaba mucho tiempo en mal estado. Las causas del golpe siguen siendo objeto de amplio debate, porque hay muchas entre las que escoger. El país estaba dividido ideológicamente entre izquierda y derecha, e institucionalmente entre el rey, el Ejército y el Parlamento. Ninguna de las diversas facciones tenía confianza alguna en las otras, y había camarillas y conspiraciones por doquier, que se formaban incluso dentro de otras camarillas o conspiraciones. Las elecciones no servían para zanjar sus diferencias: se consideraba que las celebradas en 1961 habían sido ganadas fraudulentamente por la derechista Unión Radical Nacional (ERE) tras una campaña marcada por la violencia. Varios políticos destacados habían sido asesinados sin que casi ninguno de los culpables hubiera sido llevado ante la justicia. Los primeros ministros se sucedían, nombrados por el rey, sin contar con el suficiente respaldo parlamentario. Costaba saber quién estaba al mando. Quizá nadie lo estuviera.

Entretanto, Grecia se hallaba en primera línea del frente de la guerra fría, lo que hacía que lo que allí estaba en juego fuera mucho más que unos simples problemas políticos locales. La implicación de la CIA era detectable por doquier para quien quisie-

ra verla. Se sospecha que hasta Sulzberger era un agente de la CIA: ¿cómo le habrían permitido tan pronto acceso al encarcelado Papandreu si no? Por otra parte, donde no llegaban los estadounidenses, lo hacían los rusos. A los izquierdistas moderados se les acusaba de ser comunistas encubiertos. La paranoia era generalizada y las teorías de la conspiración florecían alimentadas por el ya tradicional miedo a una invasión turca. Durante la guerra fría, ser paranoico tenía mucho sentido, sobre todo en Estados como Grecia, que se sabían peones en aquel juego de poder geopolítico. Grecia era un país pobre para los niveles acostumbrados en Europa en el que, apenas veinte años atrás, se había librado una guerra civil sin cuartel. Su democracia se había erigido sobre unos cimientos muy inestables. El golpe, cuando finalmente se produjo, tuvo tanto de sorpresa como de acontecimiento previsible desde hacía tiempo.

La debilidad de la democracia griega explica cómo fue posible allí un golpe de Estado. También explica por qué ese golpe era necesario a juicio de sus impulsores. Los coroneles se valieron de las divisiones políticas, que, según ellos, los legitimaban para tomar las riendas de la situación. Dado que la democracia no funcionaba, había que terminar con ella. Pero ahí radica el problema de la justificación de un golpe de Estado: la explicación del mismo nunca es del todo convincente. Si la democracia es tan débil e ineficaz, ¿por qué es precisa una acción tan brutal para ponerle fin? ¿A qué vienen todos esos arrestos, los tanques en las calles, las marchas militares? ¿De qué tenían miedo los coroneles, sino de la democracia misma?

Avancemos ahora cincuenta años en el tiempo. La democracia griega vuelve a estar en serios apuros. El país sigue estando dividido por hondas fracturas ideológicas e institucionales. La situación económica es desesperada: Grecia ha sufrido una de las peores depresiones de la era moderna. La caída de la renta nacio-

nal ha sido más prolongada, más acusada y más dramática que la sufrida por Estados Unidos durante la Gran Depresión. El desempleo juvenil se sitúa por encima del 50 %. Las teorías de la conspiración están a la orden del día, aunque ahora son los alemanes quienes se llevan muchas de las culpas de lo que está yendo mal. Se los considera el poder real tras el trono, si bien ya no hay trono alguno tras el que ocultarse. Las elecciones no parecen ayudar en absoluto: gane quien gane, persisten los mismos problemas. La confianza en la política democrática está en mínimos históricos.

Estas son condiciones aparentemente propicias para un nuevo golpe. Grecia continúa teniendo un Ejército relativamente bien financiado, fruto del hecho de que el temor inmemorial a una invasión turca nunca ha llegado a desaparecer. Si añadimos a la mezcla una ciudadanía indignada, unas élites divididas, una profunda angustia económica y una elevada interferencia de las potencias extranjeras, vemos que están presentes todos los ingredientes típicos de una crisis terminal de la democracia. Pero no ha habido golpe militar alguno en Grecia desde la caída de la dictadura de los coroneles en 1974 y no parece probable que vaya a haber ninguno en este momento. En el Parlamento griego hay ahora la presencia de un partido neofascista, Amanecer Dorado, que expresa abiertamente su admiración por la dictadura militar. Pero esa no deja de ser una opinión minoritaria todavía: el partido rara vez supera el 10 % de apoyos en los sondeos. Las probabilidades realistas de un golpe militar son escasas. Si Grecia terminara viviendo una reedición de lo acaecido en 1967, no solo sería una sorpresa mayúscula: sería también casi inexplicable.

¿Qué es lo que ha cambiado? Para empezar, las divisiones institucionales recorren ahora líneas completamente diferentes. En lugar de rey, Ejército y Parlamento, el actual *impasse* es entre la Unión Europea (UE), la banca y el Parlamento. Ninguno de esos duelistas acude a su particular enfrentamiento armado hasta los

dientes. Las batallas que se libran son entre personas bien trajeadas y «armadas» con hojas de cálculo. El Ejército griego no es un participante activo en esta lucha de poder. Solo es un espectador.

En segundo lugar, la guerra fría terminó hace tiempo. La actual ya no es una pugna existencial entre la democracia occidental y sus enemigos ideológicos. Grecia está en la primera línea de combate de un enfrentamiento diferente: el que libran las finanzas internacionales contra la soberanía nacional. Está esforzándose también por afrontar la afluencia a su territorio de refugiados de guerras civiles de países como Siria. A Estados Unidos le afecta lo que ocurre en Grecia, pero no hasta el punto de que sea algo que ponga en juego su propia supervivencia, como cuando temía que el país heleno cayera bajo el control de los comunistas. La CIA tiene problemas más importantes de los que ocuparse. Las líneas divisorias nítidas de la guerra fría han dejado paso a un paisaje más turbio y borroso, con sospechas de interferencias rusas en la política nacional de países como Grecia, interferencias invisibles y muy visibles al mismo tiempo. También los chinos están implicados, pero sin deseo alguno de militarizar la situación. Lo que ellos buscan son oportunidades de inversión.

Si las circunstancias políticas han cambiado, también lo ha hecho la propia Grecia. Hoy es un país muy distinto del que era en 1967. Es mucho más pobre que diez años atrás, después de que su PIB haya caído aproximadamente una cuarta parte a lo largo de esta década. Pero, aun así, es mucho (muchísimo) más rico que hace cincuenta años. La economía griega multiplicó su tamaño por cinco entre 1968 y 2008, momento en el que PIB per cápita alcanzó máximos en torno a los 30.000 dólares. La cifra está actualmente más próxima a los 20.000. Pero es una cantidad que sigue colocando a Grecia muy por encima del umbral que los politólogos consideran mínimo para que las sociedades democráticas sean especialmente vulnerables a los golpes militares. Ningun-

na democracia ha vuelto a caer bajo un régimen militar después de que su PIB hubiera superado los 8.000 dólares per cápita. ¿Por qué? Es difícil de precisar con seguridad, pero probablemente se debe a que el aumento de riqueza cambia la estructura de incentivos de los actores que lo experimentan. Cuando todos tienen más que perder —soldados, políticos y ciudadanos en general—, se lo piensan más antes de echarlo todo abajo.

Grecia es una sociedad mucho más envejecida que cincuenta años atrás. Actualmente tiene una de las medias de edad más altas del mundo: la mitad de su población tiene cuarenta y seis años o más. La violencia registrada en el país durante la actual crisis ha sido relativamente escasa, sobre todo si la comparamos con el derramamiento de sangre que hubo en las décadas de 1960 y 1970. La violencia política está muy unida a la juventud. Uno de los motivos de que el elevado desempleo juvenil del país no haya resultado más destabilizador es que sencillamente ya no hay tantos jóvenes en Grecia como antes. Hay muchos más pensionistas que estudiantes, por ejemplo. En términos demográficos, la situación comienza a parecer terminal: en algunos pueblos griegos solo nace una persona por cada diez que fallecen. Casi medio millón de griegos ha dejado el país desde el inicio de la crisis económica en 2008, lo que representa aproximadamente un 5 % de la población total. Muchas personas de menos de cuarenta años viven aún en el hogar familiar de origen, sobreviviendo como pueden con el margen que dejan los ingresos de sus padres y sus abuelos. La lenta muerte demográfica puede estar siendo uno de los factores que esté ayudando a mantener con vida la democracia. La entropía sustituye así al cambio explosivo como la condición por defecto de la política.

Las personas mayores tienen además recuerdos que para nada están ya en la mente de los jóvenes. Amanecer Dorado se nutre en buena medida del apoyo de griegos jóvenes que se sienten

alienados. No les molestan los lazos de esa formación con la era de los coroneles porque no recuerdan ni apenas saben nada de ella. Pero los griegos de más edad sí recuerdan cómo fue. Fue una época de violencia y opresión. Terminó en un sonoro fracaso y fue sustituida por una forma de política que trajo paz y prosperidad. Quien haya vivido los últimos cincuenta años de la historia de Grecia difícilmente se sentirá dispuesto a renunciar a la democracia, no aún por lo menos. Puede que el régimen democrático esté teniendo problemas para afrontar la crisis actual. Pero, comparado con lo que la precedió, la democracia continúa pareciendo una apuesta muy aceptable.

Ahora bien, existe otra posibilidad. Además de que Grecia haya cambiado y de que su situación política no sea ya la misma, es posible que los golpes antidemocráticos también hayan dejado de ser lo que eran.

Durante buena parte del tiempo que estuvo en el cargo en 2015, el entonces ministro de Economía griego, Yanis Varoufakis, anduvo preocupado por la posible inminencia de un golpe. Él mismo describe sus temores en *Comportarse como adultos*, su libro de memorias políticas publicado en 2017 sobre aquel agitado e incierto periodo. Varoufakis no es un testigo imparcial. Su permanencia en el Gobierno de Syriza fue breve: apenas seis meses en el cargo durante el apogeo de la crisis generada por el riesgo de impago de la ingente deuda soberana griega. Como ministro de economía, Varoufakis siguió una estrategia que apelaba a los acreedores de Grecia —el Fondo Monetario Internacional (FMI) y los Estados miembros de la UE, especialmente Alemania, incluidos— a reestructurar la deuda griega si no querían enfrentarse a las consecuencias potencialmente catastróficas de que Grecia abandonase la eurozona. El suyo fue un enfoque de la situación de muy elevado riesgo, dado que Grecia disponía de escasas armas que no le infligieran un enorme daño a sí misma, mientras que el

arsenal a disposición del bando opuesto era formidable. La economía griega estaba en la UVI, poco menos que en respiración asistida (suministrada en forma de una serie de préstamos a corto plazo del Banco Central Europeo, BCE). Si Varoufakis tensaba demasiado la situación con sus oponentes, estos podían decantarse por desconectar el soporte vital del sistema bancario griego. Durante cada uno de los días que estuvo en el cargo, Varoufakis vivió con el temor de que, a la mañana siguiente, los bancos hubieran tenido que cerrar.

Eso es lo que él quería decir al hablar de un golpe. Hoy tal vuelco antidemocrático ya no requiere de tanques ni de soldados ni de detenciones. Basta con que un Gobierno elegido democráticamente sea hecho rehén de unas fuerzas a las que no tiene modo de oponer resistencia, algo que ya le había sucedido a uno de los vecinos cercanos de Grecia.

[En 2013] un nuevo Gobierno acababa de ser elegido en Chipre. Al día siguiente, la troika [los representantes del FMI, la Comisión Europea y el BCE] decretó el cierre de los bancos de la isla y dictó al nuevo presidente una serie de términos que su Gobierno debía cumplir para la reapertura de las sucursales. Aunque no podía creer lo que estaba sucediendo, el nuevo presidente, consciente de lo poco preparado que estaba para afrontar la situación, firmó lo que le pedían.³

Aquello vino a ser el equivalente actual de lo que los coroneles hicieron en su día con el rey, en 1967, solo que sin que nadie hubiese tenido que recurrir a la fuerza armada. Varoufakis considera que fue un «ensayo general» de lo que la troika tenía pensado para Grecia. También lo llama «el golpe chipriota».

Solo hubo un momento en el que Varoufakis consideró la posibilidad de que se produjera un golpe de los otros, de los co-

metidos por personas con armas de verdad. Fue durante la noche en que dimitió de su cargo en el Gobierno, tras el referéndum de julio de 2015 en el que el pueblo griego votó abrumadoramente a favor de rechazar las últimas exigencias presentadas por la troika. Varoufakis se enfrentó al primer ministro, Alexis Tsipras, insistiendo en que debían actuar según los deseos del electorado y prepararse para hacer frente a sus acreedores. Tsipras le repuso que ya no podían seguir más por esa vía, y que si lo hacían, insinuó, «podría producirse algo muy parecido a un golpe de Estado [...] [pues] el presidente de la República y los servicios de inteligencia estaban en “estado de alerta”». ⁴ Aquello no convenció a Varoufakis. «¡Que se atrevan!», fue su desafiante respuesta.

Un golpe que hubiera anulado el resultado del referéndum habría tenido la ventaja de dejar bien claro que la democracia había muerto en Grecia. Nadie podría dudar de lo allí acontecido. Pero lo que Varoufakis temía era que el Gobierno se hiciera atrás sin reconocer públicamente que la voluntad popular había sido subvertida; lo que barruntaba, pues, era que, en vez de eso, la retirada se vestiría de maniobra imprescindible para mantener la democracia con vida. Acceder a las exigencias de la troika significaba que el resultado del referéndum —que Tsipras había convocado y ganado precisamente para oponer resistencia a esas demandas— era irrelevante, pero que, por lo menos, la democracia griega seguiría viviendo para contarlo. Y eso fue lo que sucedió. Tsipras se mantuvo en el cargo y ganó las elecciones siguientes. Varoufakis tuvo que conformarse con escribir sus memorias sobre lo acontecido.

Varoufakis vivió su infancia en la Grecia de la era de los coroneles. Él no tiene más que palabras de desprecio para referirse a aquel régimen. Pero hay algo que sí respeta de aquellos golpistas: no trataron de ocultar lo que hicieron ni sus verdaderas intenciones. Cuando llegaron al poder, su primera medida fue asumir el

control de la televisión pública. Él recuerda que «tuvieron al menos la decencia de mostrar en pantalla una imagen fija de la bandera griega [...] acompañada de música militar».⁵ En el actual estado de Grecia, sin embargo, las cadenas de televisión siguen desempeñando una importante función propagandística, pero lo verdaderamente importante es lo que *no* muestran en pantalla. El Gobierno y los bancos hacen todo lo posible por impedir la divulgación de malas noticias. Como ahora hay muchísimas fuentes de información alternativas en internet, las noticias se difunden igualmente. Pero la proliferación misma de fuentes informativas dificulta saber qué está sucediendo realmente. A la hora de buscar información, la gente se guía por lo que quiere oír, así que nadie aprende realmente nada. Eso no era posible en 1967. Entonces no había más remedio que enterarse de lo peor.

Los coroneles quisieron subrayar que habían dado un golpe y, para ello, se aseguraron de que todos entendieran lo que había cambiado. Pero, si Varoufakis está en lo cierto, lo que caracteriza a los golpes del siglo XXI es que sus impulsores intentan ocultar que haya cambiado algo. Nadie sabe la verdad. ¡La democracia ha muerto! ¡Larga vida a la democracia!

Ahora bien, la historia de la democracia griega no comenzó en la segunda mitad del siglo XX. Se remonta a mucho más atrás. Atenas fue la cuna de la democracia. Por ese motivo fue también lugar de nacimiento del golpe antidemocrático. La democracia representativa moderna está muy alejada de la democracia directa que existía en la antigua Atenas hace más de dos mil años. Aquel era un sistema basado en la esclavitud, reservado únicamente a hombres y erigido sobre las interacciones directas, cara a cara. La política era un asunto dificultoso y conflictivo, y exigía de los ciudadanos corrientes que estuvieran a la altura de esa dificultad y ese conflicto. Encajaba bien con una sociedad en un casi permanente estado de guerra. La política democrática en el mundo an-

tiguo era tumultuosa, consumía mucho tiempo y, a menudo, degeneraba en violencia.

Pero hay un aspecto en el que la antigua Atenas se asemeja a la Atenas contemporánea. Tras un periodo más o menos largo de funcionamiento, la democracia ateniense antigua se anquilosó. Alcanzó la edad madura. Hacia el final del siglo V a. C., tras casi cien años de existencia, la democracia funcionaba bastante mal en Atenas. El Estado cometía un error tras otro en su larga guerra contra Esparta y se estaba quedando sin dinero. Entre el pueblo común, que se llevaba la peor parte de la incompetencia de los ciudadanos que estaban al mando, crecía la indignación y la alarma. Varios demagogos agitaban el avispero. Pero la democracia seguía siendo la única alternativa concebible. Según escribió un historiador ateniense de aquel entonces:

Hay ineficiencia y corrupción en esta democracia, pero el *demos* considera que merece la pena soportarlas con tal de obtener de ella los beneficios que le son propios. Los demagogos son mucho menos competentes de lo que unos jóvenes inteligentes lo serían para gobernar el país, pero el *demos* se complace en escucharlos porque fortalecen la democracia y aumentan los beneficios de esta. Por lo tanto, no hay que librarse de ellos. En realidad, es inútil aspirar a cambiar detalle alguno, por muy necesario que ese cambio pueda ser. Todos esos aspectos menores son efectos secundarios necesarios de la democracia, y, como la democracia es inamovible, con todos sus vicios debe aceptarse.⁶

La democracia parecía inmune al colapso: nada era lo suficientemente malo o grave como para no ser atribuible al desgaste normal por el uso en un modo como ese de hacer política. Si no había alternativa a la democracia, no quedaba otra que tolerar sus defectos. *Plus ça change...*

Un día, sin embargo, se produjo un golpe antidemocrático. Cuando la sociedad ateniense se lamentaba todavía del desastre militar sufrido en Sicilia dos años antes, un grupo de jóvenes aristócratas de la ciudad se hizo con el poder por la fuerza en el verano del año 411 a. C. Se promulgó una nueva constitución y se envió al exilio a destacados defensores del anterior régimen. La autoridad quedó concentrada en un grupo conocido como el Consejo de los Cuatrocientos. El único modo de entrar en él era ser lo suficientemente rico como para poder trabajar en el Gobierno sin cobrar por ello, ya que los salarios que remuneraban el ejercicio de cargos públicos fueron abolidos por el nuevo régimen. Ese consejo trató de hacer creer a la población que la democracia no había sido abandonada del todo y, para ello, escogió a un grupo más numeroso de ciudadanos-soldado (5.000 miembros en total) para que se encargara de ratificar las decisiones de los Cuatrocientos. Pero era pura palabrería. No engañaban a nadie. La democracia había sido sustituida por la oligarquía. El poder estaba en manos de una camarilla de privilegiados a quienes solo la violencia sostenía en sus puestos.

Cuatrocientos es un número demasiado escaso de decisores para una democracia. Pero es lo suficientemente grande como para que surjan discrepancias y desencuentros entre ellos. Divididos entre los conservadores —que querían poner fin a la democracia de una vez por todas— y los moderados —que deseaban mantener cierta apariencia democrática artificial—, los oligarcas estaban divididos a muerte. Los moderados se impusieron y no tardaron en devolver algo de poder real a los 5.000. Luego, tras un inesperado triunfo naval sobre los espartanos un año después del golpe, se restableció plenamente la democracia. Los demagogos, que siempre habían sido los más estridentes defensores de esta, lograron superar a los moderados. Convencieron a los 5.000 de que la victoria final de Atenas sobre Esparta era aún posible si

volvían a depositar en la democracia la fe que se le había hurtado a esta, lo que, en la práctica, significaba pedirles que depositaran su fe en los demagogos.

Se volvió a instaurar la vieja constitución, pero se le añadió una nueva ley: «Mataré por palabra o por acto, mediante el voto o por mi propia mano si puedo, a cualquiera que subvierta la democracia en Atenas [...]. Si alguien matare a quien así la subvirtiere, lo juzgaré libre de culpa ante los dioses y los demonios por haber dado muerte a un enemigo del pueblo ateniense». En realidad, los demagogos habían engañado al pueblo: en unos pocos años, Atenas terminaría perdiendo su larga guerra contra Esparta. Sin embargo, la democracia ateniense aún sobreviviría durante la mayor parte del siglo siguiente.

La democracia de la antigua Atenas era un sistema político robusto y curtido en mil batallas. Funcionaba suficientemente bien incluso cuando funcionaba mal. Por eso, para quebrarla hacía falta un desmoronamiento contundente e inequívoco: el golpe del año 411 fue una «opa» hostil lanzada por enemigos armados del régimen. En ese sentido, tuvo similitudes con el golpe de Estado de 1967. La diferencia fue que la democracia ateniense antigua demostró ser lo suficientemente fuerte como para recuperarse enseguida. En apenas un año, los oligarcas ya se habían ido y la ley había sido cambiada hasta el punto de amenazar con la muerte inmediata a cualquiera al que se le ocurriera volver a intentarlo.

De ese modo, la democracia de la antigua Atenas logró sobrevivir a su crisis de madurez, justamente en una época en la que morir a esa edad mediana era mucho más habitual de lo que lo es hoy en día. Evidenció su resiliencia de nuevo en el año 404 a. C., cuando una derrota ante Esparta se saldó con la concentración del poder en una junta de treinta altos mandos militares. Aquella solución provisional solo duró ocho meses: tras una guerra sin cuartel

por el control de la ciudad, la democracia fue restaurada. La violencia fue derrotada con más violencia. Los miembros de la junta fueron ejecutados o condenados al ostracismo. A otros que habían cooperado tácitamente con el efímero régimen militar se les concedió una amnistía, dentro del que quizá fuera el primer proceso de «paz y reconciliación» de la historia del que tengamos constancia. Entre los beneficiarios de la medida, estuvo el filósofo Sócrates, quien no se había significado especialmente por condenar a la junta. Llegado el momento, se decidió que Sócrates todavía era una influencia peligrosa y la restaurada democracia lo condenó a muerte, tras uno de los juicios espectáculo más famosos de la historia. La democracia ateniense antigua sabía muy bien defenderse solita.

Por el contrario, en 1967, la democracia griega era débil y eso permitió que cayera tan rápidamente. Era poco menos que un simple castillo de arena. El golpe triunfó desde el punto de vista de sus impulsores porque ponía fin a la debilidad que estos decían aborrecer, pero lo único que hizo fue reemplazar un tipo de debilidad por otro. Los coroneles aguantaron casi siete años en el poder. Al final, lo perdieron por sus disputas internas, paralizados por su incapacidad para gestionar las consecuencias de la crisis del petróleo de 1973 y por su ineptitud a la hora de poner freno al creciente descontento de la juventud griega, especialmente de los estudiantes. Cuando el régimen optó por enviar tanques a la Politécnica de Atenas a finales de 1973 para disolver una sentada estudiantil, dio síntomas no de fortaleza, sino de incompetencia. En el año siguiente, los coroneles también gestionaron pésimamente una crisis militar en Chipre y, con ello, dieron pie a que Turquía se hiciera con el control de la parte norte de aquella isla. Ante la posibilidad real de una guerra abierta con el país vecino, la democracia cotizó al alza y no tardó en ser restaurada. Se había visto fortalecida, además, por aquella larga interrupción, ya que la gente tuvo tiempo de aprender que las alternativas eran peores.

La democracia griega del presente tiene poco de aquel salvaje dramatismo del mundo antiguo y casi nada de su violencia. El país no está en guerra actualmente, por lo que la posibilidad de un desastre militar (como el que casi destruyó la democracia ateniense antigua) o de una victoria (como la que la restableció) es más que remota. Hoy es más probable que los jóvenes ricos del país emigren o se pasen las horas en Instagram que la posibilidad de que se levanten en armas contra el Estado. Incluso en la deprimida situación en la que se encuentra Grecia en estos momentos, la mayoría de sus habitantes tiene cosas mejores que hacer con su tiempo que jugarse la vida en política.

Lo más cerca del derrumbe que ha estado la democracia griega contemporánea fue hacia finales de 2011, cuando, en Atenas, el Gobierno elegido fue incapaz de alcanzar un acuerdo sobre las medidas que debía emprender para atajar la creciente crisis de la deuda. Aquello hizo que fuese investido un nuevo primer ministro, Lucas Papademos, que ni siquiera se había presentado como candidato a las elecciones. Papademos era un antiguo banquero y había sido asesor económico del primer ministro saliente, Yorgos Papandreu, hijo de aquel hombre a quien los coroneles habían detenido tras una persecución por los tejados en 1967. Papademos trató de gobernar formando un Ejecutivo de economistas y expertos a fin de reformar la economía griega con arreglo a los requerimientos del BCE para mantener al país en la eurozona. Aquello fue un golpe de mano tecnocrático. Su Gobierno duró apenas cinco meses, el tiempo que tardó en evidenciarse que ese gabinete tampoco podía salir del *impasse*. El Ejército no intervino. Se prefirió, más bien, convocar nuevas elecciones, que fueron las que brindaron a Syriza su oportunidad. En mayo de 2017, Papademos fue víctima de un intento de asesinato por medio de una carta bomba que explotó en su vehículo. Solo sufrió heridas leves.

La democracia griega actual sigue siendo un régimen relativa-

mente curtido, con casi medio siglo a sus espaldas. La democracia no ha perdido su condición de régimen por defecto de la política griega, por lo que continúa funcionando aunque funcione mal. Es la única alternativa concebible. Siguen celebrándose elecciones regulares y la opinión pública es libre. La disensión no solo está permitida, sino que es más o menos generalizada. La solución de continuidad de 2011–2012 fue más breve aún que las que se produjeron a finales del siglo v a. C. De todos modos, la democracia griega contemporánea se parece poco a su versión antigua. No tiene enfrentamientos públicos de voluntades en los que se dirime quién está realmente al mando y cuyos perdedores quedan abocados a morir o a exiliarse. La mayor parte de la acción importante tiene lugar entre bastidores. Para averiguar lo que está pasando de verdad, tenemos que esperar a que los actores clave escriban sus memorias. Y ni siquiera entonces podemos estar seguros de que estén contando la verdad. No hay testigos imparciales.

Pocos en la Grecia de hoy creen seriamente que estén viviendo en una dictadura. Si lo estuvieran, todo el mundo notaría la diferencia. Pero ¿Grecia sigue siendo una democracia operativa? Presenta la apariencia de una democracia, pero las apariencias engañan. El Gobierno griego actual tiene que plegarse a la voluntad de la troika, la economía continúa en la UVI y mantenida con respiración artificial, y el pueblo soporta las consecuencias. Las teorías de la conspiración están a la orden del día, pero ninguno de esos complots llega nunca a manifestarse abiertamente, como lo hicieron en 1967 (o en 411 a. C.), cuando los conspiradores tuvieron que hacer públicas sus intenciones. Hay muchas habladurías sobre golpes de Estado —un golpe de los banqueros, un golpe de los tecnócratas, un golpe de los alemanes—, pero no son más que «golpes» metafóricos. No son reales. A nadie le tiemblan las manos como le temblaban a Papandreu en 1967.



¿Qué se necesita para que un golpe antidemocrático lo sea de verdad? En 1968, Edward Luttwak, un joven politólogo estadounidense, publicó un librito titulado *Golpe de Estado: Un manual práctico*. Se trataba, en palabras de su autor, de una especie de libro de recetas para la subversión política en el que se describían los pasos requeridos para tomar el Estado por la fuerza. Luttwak aseguraba ser un mero guía que nos ofrecía un recorrido desapasionado por una serie de aspectos prácticos. «En esto, como a la hora de preparar una bullabesa —escribió—, es necesario contar con el tipo adecuado de pescado», aunque él mismo advertía de que la gravedad del peligro de no acertar con los ingredientes de un golpe eficaz era mucho mayor que la de tener que «recurrir a una sopa de bote». ⁷ Luttwak quiso exponer algunas de las reglas que había que seguir para no excederse en los tiempos ni en la temperatura de cocción del plato. De todos modos, uno de los motivos evidentes de enseñarnos cómo cocinar un golpe era indicarnos cómo frenarlo: si los demócratas conocían cuáles eran los ingredientes propicios para que se produjera un golpe, estarían mejor preparados para procurar que estos «ingredientes» no cayeran en las manos equivocadas.

Luttwak sostenía que era importante entender la diferencia entre un golpe y una revuelta palaciega. La segunda era un incidente privado que implicaba a una élite reducida, como cuando un emperador romano era asesinado por su madre o por uno de sus guardaespaldas. Lo único que sucede en ese caso es que un gobernante no responsable ante el pueblo es sustituido por otro que tampoco lo es. La clave para sobrevivir en tales circunstancias reside simplemente en apartarse a un lado. Un golpe, sin embargo, se basa en la idea de que gobernar es hacerse con el control de la maquinaria estatal, incluidas todas las personas que trabajan en

ella. Los funcionarios neutrales y otras autoridades públicas no tienen entonces la libertad de mirar hacia otro lado o de desviar la vista de los acontecimientos. Tienen que incorporarse al nuevo régimen. De ahí que los golpes requieran de una cuidadosa planificación y de una ejecución contundente. Según Luttwak, «un golpe de Estado consiste en infiltrarse en un sector pequeño pero crucial del aparato estatal, [que es] usado luego para desplazar al Gobierno y retirarle el control sobre el resto de ese aparato».⁸

Este proceso convierte a los ciudadanos en meros espectadores: lo único que pueden hacer es contemplarlo desde la distancia. Si el golpe está bien planeado, los hechos se suceden con la suficiente rapidez como para que la población general no tenga tiempo de movilizarse. Por eso es tan importante tomar los centros de comunicación clave y empezar a emitir propaganda favorable al nuevo régimen. También es mejor llevarlo a cabo de noche, cuando la mayoría de la gente duerme. Un golpe de Estado necesita convertirse en un hecho consumado lo antes posible. Luttwak opinaba que un golpe tenía escasas posibilidades de éxito en países donde la población estuviese muy apegada a la democracia y se movilizase enseguida para defenderla. En tales condiciones, programar música marcial por la radio no bastaría. Si la democracia es débil, habrá poco en ella que merezca la pena ser defendido; pero si tiene un fuerte apoyo popular, entonces costará mucho arrebatarse el Estado al Gobierno de turno, porque el pueblo no lo tolerará. Contraatacará.

Luttwak argumentaba que la era dorada de los golpes de Estado había llegado a su fin en la mayoría de las democracias occidentales avanzadas. En Francia, se había intentado uno en 1961, cuando el general De Gaulle tuvo que hacer frente a la intentona de derrocar la República por la fuerza por parte de un grupo de disgustados oficiales del Ejército francés en Argelia. Los conspiradores creían que De Gaulle tenía previsto traicionarlos conce-

diendo la independencia a Argelia. Así que llevaron a cabo su rebelión la noche del 21 de abril, casualmente la misma fecha exacta en que se lanzaría el golpe que triunfaría en Grecia seis años después. Pero, en aquella ocasión, el golpe no funcionó. Los golpistas vieron totalmente frustradas sus pretensiones.

¿Por qué fracasaron? En primer lugar, porque Argelia estaba demasiado lejos de París y los conspiradores no pudieron hacerse con el control de ninguno de los centros de comunicación o edificios gubernamentales relevantes. En segundo lugar, porque De Gaulle supo movilizar el apoyo del pueblo francés contra una toma armada del poder. Enseguida circuló el rumor de que el Ejército (francés) de Argelia tenía previsto lanzar paracaidistas sobre varios campos de aviación próximos a París con órdenes de avanzar sobre la ciudad. De Gaulle apareció en televisión y declaró: «En nombre de Francia, ordeno que se empleen todos los medios —repite: todos los medios— para cerrar el paso a estos hombres en todas partes a fin de reducirlos. Prohíbo a todos los franceses y, antes que nada, a todos los soldados obedecer ninguna de sus órdenes». Este mensaje fue emitido nuevamente por radio a los colonos franceses en Argelia. En sus memorias, De Gaulle escribiría unos años después que «todo el mundo, en todas partes, escuchó mis palabras. En la Francia metropolitana, no hubo nadie que no lo hubiera visto u oído. En Argelia, un millón de transistores sintonizaron para oírlas. Desde ese momento, la revuelta chocó con una resistencia pasiva *in situ* que se fue haciendo más explícita a cada hora que pasaba».⁹

La Quinta República francesa, con De Gaulle al frente, tenía muchos elementos no muy democráticos: el presidente ejercía poderes pseudomonárquicos y conservaba una enorme autoridad personal. «Básicamente, la República soy yo», le gustaba decir al propio De Gaulle, emulando a Luis XIV. Pero tenía lo suficiente de democracia: el pueblo francés la había refrendado abrumado-

ramente tres años antes en un plebiscito y estaba dispuesto a defenderla. Allí donde la democracia cuenta con legitimidad popular, el pueblo no se limita a ejercer de mero espectador de los acontecimientos cuando aquella sufre un ataque directo. Por ese motivo, los golpes de Estado suelen considerarse síntomas de cierto atraso democrático, pues solo son posibles en países donde la democracia no ha tenido tiempo de arraigar lo suficiente.

Parte del éxito de De Gaulle al sofocar la rebelión en Argelia consistió en hacer que pareciera radicalmente antifrancesa, más propia de los tejemanejes de una república bananera que de una democracia moderna. En su discurso televisado no lo llamó *coup*, en francés, sino *pronunciamiento*, en español, con la intención deliberada, según uno de sus biógrafos, de reducirlo «al nivel de una ópera bufa latinoamericana». ¹⁰ A medida que la democracia se fortalece, la posibilidad de un golpe va adquiriendo una connotación cada vez mayor de broma de mal gusto.

No obstante, los golpes de Estado no son el único tipo de golpe. El libro de recetas de Luttwak contiene una lista de los diferentes ingredientes que se necesitan para poner fin a la democracia, pero a él no le interesaba más que enseñar a cocinar un tipo de plato: el de la toma armada del poder del Estado. Ahora bien, ¿cuáles son las otras formas en que es posible subvertir una democracia? La politóloga estadounidense Nancy Bermeo ha distinguido recientemente seis diferentes variedades de golpe antidemocrático, de las que el golpe de Estado sería solamente una. Las otras son:

- El «golpe ejecutivo», que se da cuando quien está ya en el poder suspende las instituciones democráticas.
- El «fraude en jornada electoral», cuando se amañan unas elecciones para producir un resultado predeterminado.
- El «golpe promisorio», cuando la democracia es tomada por

un grupo de personas que, luego, organiza elecciones para legitimar su Gobierno.

- La «expansión del Ejecutivo», cuando quienes están ya en el Gobierno van apropiándose de parcelas de poder de otras instituciones democráticas que, aun así, no llegan a abolir.
- La «manipulación electoral estratégica», cuando las elecciones no son libres ni justas, pero tampoco han sido «robadas» mediante un pucherazo o un fraude directo.¹¹

En ninguno de esos tipos de golpe es necesario que unos soldados irruman en palacios y casas para arrestar a los miembros del Gobierno. Y no es necesario porque o bien el golpe es impulsado por el propio Gobierno o bien se disimula dándole apariencia de otra cosa, pero no de golpe. Y, en la mayoría de las ocasiones, es por una suma de ambas cosas.

Comoquiera que clasifiquemos y mezclemos los diferentes tipos de golpe, hay una característica fundamental que los distingue: algunos golpes necesitan dejar claro que la democracia ha terminado para que puedan triunfar, mientras que otros necesitan fingir que la democracia se mantiene intacta. Los golpes de Estado propiamente dichos entran dentro de la primera de esas dos categorías, pero los otros tienden a pertenecer a la segunda, sobre todo los tres últimos, que son golpes que giran en torno a la necesidad de guardar las apariencias. Si se manipulan elecciones es porque esa aparente victoria en las urnas otorga a los manipuladores la autoridad para gobernar. Para tener éxito, los golpes promisorios y las expansiones del Ejecutivo precisan que se preserven las apariencias de democracia, pues el golpe triunfará si el pueblo cree que la democracia continúa existiendo. Para ciertas formas de golpe, pues, la democracia no es un enemigo, sino que proporciona la tapadera ideal para la subversión, lo que la convierte en una amiga para los conspiradores.